

LECTIO DIVINA

31 de agosto 2025

XXII DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Eclo 3, 17-18. 20. 28-29****Sal 67****Heb 12, 18-19. 22-24a****Lc s 14, 1. 7-14**

¿Sobre qué valores debemos basar nuestras vidas? ¿Son el orgullo, la ambición, la codicia, la arrogancia, la obsesión por los honores y las apuestas egoístas buenos compañeros en este camino? La Palabra de Dios que se nos ofrece hoy nos invita a elegir valores que nos humanicen, que den profundidad a nuestras vidas, que nos abran a la fraternidad, que nos hagan testigos y heraldos del nuevo mundo soñado por Dios.

En la **primera lectura**, un sabio judío de principios del siglo II a. C. exhorta a sus conciudadanos a no dejarse deslumbrar por la arrogante cultura helénica. Les sugiere que, fieles a los valores de sus antepasados, rechacen el orgullo y elijan la humildad. De esta manera, agradarán a Dios y a la humanidad. La humildad no es la virtud de los débiles; es la elección de quienes se comprometen a vivir una vida plena de sentido.

El **Evangelio** nos lleva a la casa de un fariseo que había invitado a Jesús a la cena del sábado. A los invitados que competían por los primeros puestos, Jesús les habla de humildad y sencillez. Al dueño de casa, rodeado de amigos unidos por la misma red de intereses, Jesús lo invita a salir de ese círculo exclusivo y privilegiado y abrazar el amor libre y desinteresado por todos. Humildad, sencillez, amor universal, acogida misericordiosa para todos: según Jesús, es desde estos valores que será posible construir el Reino de Dios.

En la **segunda lectura**, un predicador cristiano de la segunda mitad del siglo I invita a los creyentes a reavivar su elección por Cristo. Al fin y al cabo, la experiencia cristiana es una experiencia que nos lleva a Dios, que nos inserta en la familia de Dios, que nos permite entrar en la Jerusalén celestial, que nos une a los santos cuyos nombres están inscritos en el cielo. ¿Cómo no vivir esta elección con alegría y entusiasmo?

Eclesiástico (Sirácide) 3, 17-18. 20. 28-29

Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te amarán más que al hombre dadivoso.

Hazte tanto más pequeño cuanto más grande seas y hallarás gracia ante el Señor, porque sólo él es poderoso y sólo los humildes le dan gloria.

No hay remedio para el hombre orgulloso, porque ya está arraigado en la maldad.

*El hombre prudente medita en su corazón las sentencias de los otros, y su gran anhelo es saber escuchar. **Palabra de Dios***

CONTEXTO

El Libro de Ben Sira (llamado, en su versión griega, "Eclesiástico") es un libro de sabiduría que, como todos los libros sapienciales, busca proporcionar a los aspirantes a sabios una guía práctica sobre el arte de vivir bien y ser felices. Su autor parece haber sido Jesús Ben Sira, un "sabio" israelita que vivió en la primera mitad del siglo II a. C. (cf. Si 51,30).

La época de Jesús Ben Sira fue turbulenta para el Pueblo de Dios. A la muerte de Alejandro Magno en el 323 a. C., su imperio quedó dividido entre dos familias: los Ptolomeos y los Seléucidas. Inicialmente, Palestina permaneció en manos de los Ptolomeos; y durante los años del dominio ptolemaico, el Pueblo de Dios, en general, pudo vivir fiel a su fe y valores ancestrales. Sin embargo, en el año 198 a. C., tras la batalla de Panias, Palestina quedó bajo el dominio de los seléucidas (una familia descendien-

te de Seleuco Nicanor, general de Alejandro). Los seléucidas, especialmente bajo el reinado de Antíoco IV Epífanes, intentaron imponer los valores helénicos, a veces por la fuerza. En este contexto, muchos judíos, seducidos por la brillantez de la cultura griega, abandonaron sus valores tradicionales y la fe de sus antepasados y adoptaron comportamientos más acordes con la «modernidad» y la presión ejercida por las autoridades seléucidas. La identidad cultural y religiosa del Pueblo de Dios se vio cuestionada. Jesús Ben Sira, un «sabio» judío apegado a las tradiciones de sus antepasados, decidió desarrollar una reflexión que ayudara a sus conciudadanos a mantenerse fieles a sus valores tradicionales. En el libro que escribió con este propósito, Jesús Ben Sira presenta una síntesis de la religión tradicional y la sabiduría de Israel y busca demostrar que es a través del respeto a su fe, sus valores y su identidad que los judíos pueden descubrir el camino seguro hacia la libertad y la felicidad.

El texto que se nos propone pertenece a la primera parte del libro (cf. Si 1,1-23,38). Habla de la sabiduría, creada por Dios y ofrecida a todos los seres humanos. Esta parte está dominada por dichos y proverbios que enseñan el arte de vivir bien y ser felices.

MENSAJE

El "sabio" Jesús Ben Sira, dirigiéndose a sus alumnos, asume el papel de un padre que instruye a sus hijos sobre los valores que deben priorizar en la construcción de sus vidas. Esta "instrucción", en concreto, recomienda la humildad.

El hombre "sabio" siempre se mantiene humilde. Incluso si es muy apreciado y desempeña importantes tareas en la sociedad, siempre debe adoptar una actitud de humildad. Quien vive según los preceptos de la sabiduría no busca sobresalir, no pisotea a nadie, no trata a los demás con arrogancia y sabe ponerse en el lugar que le corresponde. Esta actitud le granjeará la consideración, el aprecio y el afecto de todos los que lo rodean. El hombre humilde será aún más querido que el generoso.

Además, el hombre humilde "hallará gracia ante el Señor": Dios aprecia a los humildes y los colma de bendiciones. Solo los humildes son capaces de contemplar el poder y la grandeza de Dios sin sentirlo como un rival; solo los humildes reconocen que todo lo que tienen y son es un don de Dios; solo los humildes se ponen en las manos de Dios con plena confianza. Solo los humildes son capaces de cantar la gloria de Dios. Por eso, Dios los ama especialmente.

En el extremo opuesto de la persona humilde se encuentra el hombre de corazón orgulloso. Ben Sira no se detiene en los efectos nocivos del orgullo. Simplemente dice que es una "enfermedad" que "se apodera" de la persona, se arraiga en ella y no tiene cura. Del árbol del orgullo crecen diversas ramas que producen maldad: arrogancia, orgullo, autosuficiencia, vanidad. De esta manera, el orgullo destruye no solo la vida de la persona orgullosa, sino también la de quienes la rodean. Es muy probable que, cuando Jesús Ben Sira se refirió al orgullo como fuente de maldad, se refiriera a aquellos helenistas arrogantes, convencidos de la superioridad de su cultura y estilo de vida, que buscaban imponer sus valores al humilde Pueblo de Dios.

La humildad no es el valor de los débiles, los derrotados o los que carecen del coraje para luchar por conquistar el mundo; es el valor de quienes comprenden la lógica de Dios y están dispuestos a servir y amar a sus hermanos. Según el sabio Ben Sira, aquí reside el secreto de la vida y la felicidad.

ACTUALIZACION

* Hay personas para quienes el orgullo, la soberbia, es una forma de vida. Tienen una alta opinión de sí mismos y se creen superiores a los demás. Tratan a los demás con desdén y arrogancia, tienen tics incurables de autoritarismo y vanidad, buscan imponer sus puntos de vista, nunca se equivocan y rara vez dudan, disfrutan oyéndose hablar, se esfuerzan por atraer la atención de todos, adoptan poses importantes, son incapaces de rebajarse ante un hermano que se ha quedado en el camino, no tienen tiempo que perder con quienes están por debajo de su estatus social y nunca se rinden. Pueden dominar el mundo y controlar los centros de poder; pero ¿contribuirán a un mundo más humano? Pueden ser temidos y envidiados; pero ¿serán apreciados por quienes se crucen en su camino? Y nosotros, ¿nos reconocemos en alguno de ellos?

* Hay personas para quienes la humildad es una forma de vida. Son personas que no pretenden presentarse como superiores y respetan a todos los que se cruzan en su camino. No tienen reparos en

ensuciarse las manos, ayudando a los hermanos y hermanas que encuentran caídos en el camino de la vida. Siempre están disponibles para servir, irradian paz y son capaces de gestos llenos de humanidad y ternura. Escuchan más que hablan, no se imponen a nadie, reconocen con humildad sus faltas y son capaces de disculparse. Casi siempre viven ignorados y sus nombres no aparecen en las redes sociales; sin embargo, llevan sonrisas dondequiera que van y alegran el mundo. Dejan una huella imborrable en el corazón de todos aquellos que son capaces de percibir su servicio, su disponibilidad y su dedicación a los demás. ¿Conocemos a alguien así? ¿Nos interesa vivir así?

*La humildad no solo debe marcar las relaciones entre los seres humanos, sino también estar presente en las actitudes humanas hacia Dios. Según la catequesis de Israel, el hombre orgulloso ignora a Dios, adopta una actitud de autosuficiencia, desestima las instrucciones de Dios, se deja guiar por el orgullo y avanza por caminos donde Dios no está presente. Abandonado a sí mismo, termina construyendo una historia de infelicidad, dolor y muerte. Este es el origen de buena parte del "pecado" que desfigura el mundo. En contraste, el hombre humilde reconoce la soberanía del Creador, acepta con gratitud las instrucciones de Dios, confía plenamente en Él y se entrega por completo a sus manos. Construye su vida según las instrucciones de Dios. Siguiendo la guía de Dios, construye una historia de salvación y gracia, convirtiéndose en un signo vivo del amor y la bondad de Dios para sus hermanos. Este es el origen de muchas cosas hermosas que traen esperanza a nuestro mundo. ¿Cómo nos presentamos ante Dios? ¿Con orgullo o con humildad?

Salmo 67

R. Dios da libertad y riqueza a los cautivos.

Ante el Señor, su Dios,
gocen los justos, salten de alegría.
Entonen alabanzas a su nombre.
En honor del Señor toquen la cítara.

R. Dios da libertad y riqueza a los cautivos.

Porque el Señor, desde su templo santo,
a huérfanos y viudas da su auxilio:

él fue quien dio a los desvalidos casa,
libertad y riqueza a los cautivos.

R. Dios da libertad y riqueza a los cautivos.

A tu pueblo extenuado diste fuerzas,
nos colmaste, Señor, de tus favores
y habitó tu rebaño en esta tierra,
que tu amor preparó para los pobres.

R. Dios da libertad y riqueza a los cautivos.

Hebreos 12, 18-19. 22-24a

Hermanos: Cuando ustedes se acercaron a Dios, no encontraron nada material, como en el Sinaí: ni fuego ardiente, ni oscuridad, ni tinieblas, ni huracán, ni estruendo de trompetas, ni palabras pronunciadas por aquella voz que los israelitas no querían volver a oír nunca.

Ustedes, en cambio, se han acercado a Sión, el monte y la ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial, a la reunión festiva de miles y miles de ángeles, a la asamblea de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo. Se han acercado a Dios, que es el juez de todos los hombres, y a los espíritus de los justos que alcanzaron la perfección. Se han acercado a Jesús, el mediador de la nueva alianz.. Palabra de Dios.

CONTEXTO

El escrito que la tradición ha consagrado como la «Carta a los Hebreos» parece haber sido, en sus orígenes, un «sermón» destinado a ser pronunciado oralmente. Se desconoce su autor. La tradición, especialmente entre las iglesias orientales, lo atribuye a Pablo de Tarso; sin embargo, las iglesias occidentales han descartado desde hace tiempo la autoría de Pablo. Sin embargo, es posible que su autor fuera alguien relacionado con Pablo, quizás un discípulo del apóstol.

El texto no contiene ninguna indicación que permita identificar con claridad a los destinatarios de este escrito. La denominación «a los Hebreos» es muy antigua, pero no formaba parte del texto original. El hecho de que el texto contenga múltiples citas y tipologías del Antiguo Testamento llevó a los comentaristas antiguos a deducir que sus destinatarios eran cristianos de origen judío, residentes en Palestina y de habla hebrea; pero esto es incierto. Para cuando apareció este escrito —poco antes del año 70 del siglo I—, el Antiguo Testamento ya era patrimonio común de las comunidades cristianas repartidas por la

cuenca mediterránea. Lo que parece claro es que el texto se dirige a comunidades cristianas que existen desde hace tiempo, pero que atraviesan circunstancias difíciles, ya sea por razones externas o internas. Se trata de comunidades que han perdido su entusiasmo inicial por el Evangelio de Jesús y viven una fe tibia y en gran medida intrascendente. También son comunidades que lidian con la hostilidad del mundo y se enfrentan a desviaciones doctrinales que amenazan con distorsionar su ortodoxia.

Buscando confrontar todo esto, el autor de esta reflexión invita a los creyentes a apreciar el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, a quien el Padre envió al mundo con la misión de invitar a todas las personas a unirse a la comunidad del Pueblo sacerdotal. Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes —miembros de este Pueblo sacerdotal— deben hacer de su vida un sacrificio continuo de alabanza, entrega y amor. Al recordar a los creyentes su compromiso con Cristo y con la comunidad del Pueblo sacerdotal, el autor ofrece a los cristianos las bases para revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la hostilidad de su entorno, la complacencia y la monotonía.

El texto que se nos propone este domingo como segunda lectura forma parte de la cuarta parte de la Carta a los Hebreos (cf. Heb 10,19-12,29). Ofrece una reflexión sobre la fe perseverante. Tras recordar la fe ejemplar de nuestros antepasados (cf. Heb 11,1-40) y el ejemplo de Cristo (cf. Heb 12,1-13), el predicador insta a los destinatarios de la Carta a no dejarse llevar por la tibieza de una religión tibia y complaciente, sino a permanecer fieles a su vocación cristiana (cf. Heb 12,14-29).

MENSAJE

Dirigiéndose a los creyentes, el autor de esta reflexión busca mostrarles que el camino cristiano es una experiencia gozosa y liberadora, que deben abrazar con entusiasmo y compromiso. En este sentido, los invita a comparar la religión antigua (revelada a Moisés en el monte Sinaí) con la religión de Jesús.

Desde la perspectiva del autor de la Carta, la experiencia religiosa que Israel vivió en el Sinaí no fue motivadora, capaz de cautivarlos. En el Sinaí, Dios estaba distante, inaccesible, oculto; no había cercanía ni se establecía una relación personal entre Dios y el pueblo. La propuesta de Dios llegó al pueblo a través de mandamientos escritos en la dura y fría piedra. El contexto de la revelación en el Sinaí fue una escena inquietante de miedo y opresión (- *“ni fuego ardiente, ni oscuridad, ni tinieblas, ni huracán, ni estruendo de trompetas, ni palabras pronunciadas por aquella voz que los israelitas no querían volver a oír nunca.* V. 18-19). La revelación del Sinaí es una imagen aterradora, que no sirvió para acercar a las personas a Dios, para conducir las a un encuentro con Él basado en el amor y la confianza. Es perfectamente comprensible que esta experiencia religiosa no entusiasmará a quienes la vivieron.

Pero quienes se encontraron con Cristo tuvieron una experiencia de Dios completamente diferente. Fue una experiencia para nada aterradora, terrible ni opresiva. A través del Bautismo, los cristianos se acercaron a Dios, sintieron su cercanía, entraron en comunión con él, descubrieron su amor. Se acercaron al «Monte Sión», el lugar de salvación, la ciudad del Dios vivo; entraron en el espacio donde reside Dios, el Juez del universo; «tocaron» este nuevo mundo donde miles de ángeles se reúnen en asamblea festiva; se hicieron hermanos y hermanas de muchos otros «santos», hombres y mujeres que eligieron a Dios, alcanzaron la perfección y son coherederos de la vida eterna. Encontraron a Jesús, el mediador de la nueva alianza, quien les dio la oportunidad de descubrir el verdadero rostro de Dios y de formar parte de la familia de Dios. Quienes se encontraron con Cristo y abrazaron la propuesta de salvación que trajo consigo alcanzaron una existencia luminosa y gratificante de celebración, alabanza, acción de gracias, adoración y contemplación.

El «predicador» cristiano que elaboró esta reflexión no formula la pregunta; más bien, la deja en el aire, dirigida a todos los creyentes: ¿no vale la pena apostar todo por esta experiencia y vivirla con entusiasmo?

ACTUALIZACION

+ Unos cuarenta años después de la muerte de Jesús, los destinatarios de la Carta a los Hebreos habían olvidado su entusiasmo inicial por el Evangelio y vivían atrincherados en una fe sin exigencias, sin chispa ni alegría. El cansancio, la monotonía, la pereza, la desilusión, las crisis de la vida y el miedo a los problemas y la persecución habían sido más fuertes que su «pasión» por Jesús y su proyecto del Reino de

Dios. Esta es una situación que no nos resulta del todo desconocida. ¿No vivimos a menudo atrincherados en una fachada de cristianismo, sin exigencias, que no nos compromete ni nos obliga a tomar decisiones arriesgadas? ¿No nos limitamos a menudo a un conjunto de prácticas religiosas que tranquilizan nuestras conciencias, pero que no implican una «conversión», una transformación que nos inquieta y nos obliga a cambiar efectivamente nuestros valores y compromisos? El autor de la Carta a los Hebreos propone redescubrir la belleza de la fe, las exigencias de nuestro bautismo y la alegría que brota del encuentro con el Evangelio de Jesús. ¿Estamos abiertos a redescubrir la esencia de la fe, aquella que una vez encendió nuestra pasión por Jesús y su proyecto?

+El autor de la Carta a los Hebreos contrasta la «religión del Monte Sinaí» con la «religión del Monte Sión», la religión de Moisés con la de Jesús, la de un Dios lejano con la de un Dios cercano, la del miedo con la del amor. Nos desafía a elegir definitivamente la religión de Jesús. Solo la religión de Jesús es una experiencia liberadora, gozosa y humanizadora, capaz de llenar nuestros corazones de paz; solo la religión de Jesús nos ofrece la gozosa experiencia de vivir como hijos amados de Dios. Incluso después de veintiún siglos de cristianismo, muchas personas aún no han encontrado al Dios cercano, el Dios de amor que Jesús vino a revelarnos. Viven aprisionados por la religión del miedo, relacionándose con Dios a través de un intrincado sistema de miedos y distancias, incapaces de comprender que Dios los ama con el amor de un padre y una madre. ¿Cómo es nuestra experiencia de Dios? ¿Es el Dios en el que creemos y experimentamos el Dios de Jesús, el “Abba” que nos ama como hijos amados?

Lucas 14, 1. 7-14

Un sábado, Jesús fue a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos, y éstos estaban espiándolo.

Mirando cómo los convidados escogían los primeros lugares, les dijo esta parábola:

“Cuando te inviten a un banquete de bodas, no te sientes en el lugar principal, no sea que haya algún otro invitado más importante que tú, y el que los invitó a los dos venga a decirte: ‘Déjale el lugar a éste’, y tengas que ir a ocupar, lleno de vergüenza, el último asiento. Por el contrario, cuando te inviten, ocupa el último lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga: ‘Amigo, acércate a la cabecera’. Entonces te verás honrado en presencia de todos los convidados. Porque el que se engrandece a sí mismo, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido”.

Luego dijo al que lo había invitado: “Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque puede ser que ellos te inviten a su vez, y con eso quedarías recompensado. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos; y así serás dichoso, porque ellos no tienen con qué pagarte; pero ya se te pagará, cuando resuciten los justos”. **Palabra del Señor.**

CONTEXTO

Jesús se dirigía a Jerusalén. Esta vez, Lucas no menciona al grupo de discípulos que lo acompañaba. Solo afirma que Jesús fue, un sábado, *"Jesús fue a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos"* (v. 1). No se identifica al fariseo que lo invitó, ni tampoco la ubicación geográfica donde ocurrió el evento. La comida en cuestión debió ser la solemne comida del sábado, que se comía alrededor del mediodía, al regresar de la sinagoga. Era común invitar a esta comida a quienes pasaban por allí. Mientras comían, el anfitrión y sus invitados comentaban y debatían las lecturas leídas durante el servicio en la sinagoga.

Lucas es el único evangelista que muestra a los fariseos tan cerca de Jesús que incluso lo invitaron a su casa y se sentaron con él a la mesa (cf. Lc 7:36; 11:37). Probablemente se trate de una realidad histórica: a pesar de sus desacuerdos con los fariseos, Jesús apreciaba su celo por la Ley de Dios.

Los fariseos constituían uno de los principales grupos político-religiosos de la sociedad palestina de aquella época. Dominaban los servicios de la sinagoga y estaban presentes en todos los momentos significativos de la vida religiosa de su pueblo. Su preocupación fundamental era transmitir a todos el amor por la Ley (la "Torá"), ya fuera escrita u oral. En general, eran personas profundamente religiosas, verdaderamente comprometidas con la santificación del Pueblo de Dios. Creían que el Mesías vendría a liberar a Israel cuando todo el pueblo cumpliera la Ley de Dios; en este sentido, buscaban enseñar la Ley y guiar a la comunidad israelita a su cumplimiento. Esto, sin embargo, resultó en cierta intransigencia por parte

de los fariseos hacia todos aquellos que no obedecían la Ley. Despreciaban a los "pecadores" y al "pueblo de la tierra" (los "*am ha-aretz*"), la gente sencilla que, debido a su ignorancia y a las duras vidas que llevaban, no podía observar plenamente los preceptos de la Ley. Se consideraban personas rectas, superiores y santas, ya que obedecían la Ley. Jesús, sin embargo, reprendió su intransigencia y rigidez: al absolutizar la Ley, demostraban hacia los demás —pecadores, ignorantes, sencillos, enfermos— una flagrante falta de amor y misericordia.

En el mundo semítico, el «banquete» es un espacio de encuentro fraterno, donde los invitados comparten la misma comida y establecen lazos de comunión, cercanía, familiaridad y hermandad. Jesús disfrutaba de los banquetes. No porque fuera «glotón y borracho» (cf. Mt 11,19), sino porque el «banquete» le parecía una imagen muy expresiva del Reino de Dios (cf. Lc 14,15-24). Apuntaba al mundo venidero, a ese mundo en el que los hijos e hijas de Dios se sentarían a la mesa del Padre en un festín sin fin. Jesús utilizará el contexto de un «banquete» en sábado en casa de un fariseo prominente para proponer otra de sus lecciones sobre el Reino de Dios.

MENSAJE

Antes de que comenzara la comida sabática en casa del "jefe de los fariseos", Jesús sanó a un hidrópico. El gesto de Jesús —que constituía una grave violación de las leyes sabáticas— no debió de ser bien recibido por los fariseos; sin embargo, ninguno de ellos parece haber comentado la acción de Jesús (cf. Lc 14:1-7). Tras el espectáculo de la curación del enfermo, los invitados corrieron a la mesa, decididos a ocupar los lugares que les correspondían (v.o 7).

En la sociedad israelita, la jerarquía de asientos era importante. En primer lugar, porque el lugar que ocupaba cada persona definía su importancia dentro del grupo social. Por ejemplo, los invitados considerados más dignos debían sentarse lo más cerca posible del anfitrión. Además, los lugares más céntricos (los más cercanos al anfitrión) eran aquellos donde se comía la mejor comida, donde los mejores bocados llegaban rápidamente. La posición social y la edad de una persona eran criterios importantes para sentarse a la mesa.

Por lo general, no era costumbre colocar letreros en el salón de banquetes que indicaran dónde debía sentarse cada invitado. Cada invitado elegía el asiento que consideraba apropiado a su dignidad e importancia. Esto solía generar desacuerdos y conflictos de inmediato. Además, solía haber invitados especiales —aquellos a quienes el anfitrión trataba con mayor consideración— que solo se sentaban a la mesa en el último momento para no esperar demasiado para el banquete. Si los lugares de honor estaban ocupados, el anfitrión pedía a uno de los invitados menos importantes que cediera su asiento a la persona de rango a la que pretendía honrar. Quien tuviera que ceder su asiento sería entonces relegado a uno de los asientos aún vacíos al fondo del salón, lo que se consideraba un descenso.

Es en este contexto (quizás tras un espectáculo poco edificante de la "lucha" por los puestos más dignos) que Jesús se dirigió a los presentes y les contó una parábola: "*Cuando te inviten a un banquete de bodas, no te sientes en el lugar principal (...). no te sientes en el lugar principal, no sea que haya algún otro invitado más importante que tú, y el que los invitó a los dos venga a decirte: 'Déjale el lugar a éste', y tengas que ir a ocupar, lleno de vergüenza, el último asiento* (v. 8-10). El dicho de Jesús no es original. Los sabios de Israel dijeron algo similar: "*No te pongas en el lugar de los grandes. Es mejor que te digan: 'Sube acá', que ser humillado ante un superior*" (Prov 25:6-7). Al contar esta parábola, la intención de Jesús no es enseñar a los presentes en ese banquete un truco barato para el éxito social, sino proponerles la lógica del Reino de Dios. Ahora bien, en el Reino de Dios, los más importantes no son aquellos que buscan lugares de honor y salvaguardan su posición en la jerarquía social; sino aquellos que se presentan con humildad y sencillez y no se consideran superiores a los demás. La sugerencia de Jesús probablemente habría tenido mucho sentido en aquella reunión de fariseos, quienes se consideraban dignos de todo respeto y despreciaban a los demás (tiempo después, en Jerusalén, Jesús aconsejaría a sus discípulos que se cuidaran de los maestros de la Ley, quienes "*aman las saluciones en las plazas, los primeros asientos en las sinagogas y los primeros asientos en los banquetes*" (Lc 20:46). Jesús concluye su "lección" con una frase contundente y desafiante: "*El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido*" (v. 11). Quienes viven solo para realizar sus sueños de grandeza y gloria fracasarán miserablemente

en la vida; pero quienes se presentan ante sus hermanos con humildad y sencillez serán grandes a los ojos de Dios y darán pleno sentido a su existencia. Definitivamente, la lógica de Dios es completamente diferente a la del hombre.

Casi al final de la comida, Jesús se dirigió al anfitrión y le hizo algunas sugerencias sobre a quién debería invitar a un banquete. Los fariseos... Elegían a sus invitados a la mesa. En general, evitaban invitar a personas de estatus inferior, ya que la "comunidad de la mesa" unía a los invitados; y no estaban dispuestos a establecer vínculos con cualquiera, especialmente con personas humildes y pecadoras. La tradición social imperante dictaba que se invitaba a la mesa a cuatro categorías de personas: amigos, hermanos, parientes y vecinos adinerados (v. 12). El consejo de Jesús subvierte por completo esta lista y propone una lista de invitados diametralmente opuesta a lo que sugerían las convenciones sociales: "*cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos*" (v. 13). La propuesta de Jesús parece absurda: sería social y religiosamente incorrecto invitar a la gente de la tierra (los "*am ha-aretz*") que no cumplían todos los mandamientos de la Ley a sentarse a la mesa con un fariseo importante; sería inaceptable invitar a "los lisiados, los ciegos y los cojos" (personas consideradas pecadoras y malditas, (lo cual no estaba permitido en el espacio sagrado del Templo) a un ambiente elevado y "santo" donde se discutía la Ley.

¿Qué pretendía Jesús? ¿Provocar a su anfitrión? ¿Escandalizar a esa selecta sociedad de personas "santas"? Nada de eso. Jesús se habría dado cuenta, durante la comida, de que el círculo de conocidos del fariseo era restringido y selectivo: giraba en torno a un grupo de intereses, ventajas mutuas e intercambio de favores. Después de todo, el pequeño mundo en el que se movía el dueño de la casa revelaba una gran estrechez de horizontes. Ese hombre necesitaba ampliar sus horizontes, ver más allá de la lógica del interés propio, liberarse de los convencionalismos en los que se había atrincherado, descubrir el significado de compartir y el amor desinteresado, y experimentar una forma de vida más humana. Este era el desafío que Jesús quería dejarle. Desconocemos el impacto que la propuesta de Jesús tuvo en la vida de ese hombre.

El trasfondo de estas dos "lecciones" de Jesús es la realidad del Reino de Dios. Jesús nunca dejó de proponer esto, tanto apropiada como inapropiadamente. Este Reino es como un "banquete" donde los invitados están unidos por lazos de familiaridad, fraternidad y comunión. Todos están invitados a este "banquete", incluso aquellos que tan a menudo son excluidos y marginados por las convenciones sociales, religiosas o basadas en intereses personales o corporativos. Las relaciones entre quienes se unen al "banquete" del Reino estarán guiadas por la gratuidad y el amor desinteresado; y quienes participen en el "banquete" deben despojarse de cualquier actitud de superioridad, orgullo o ambición, y adoptar una actitud de humildad, sencillez y servicio.

ACTUALIZACION

+ En aquella comida sabática, «en casa de uno de los principales fariseos», Jesús vio a los invitados compitiendo por los puestos más honrosos de la mesa. Esa escena puede interpretarse como una parábola para nuestro mundo contemporáneo: desde muy jóvenes, se nos desafía a luchar por los primeros puestos, a conquistar y defender nuestro lugar, a hacer todo lo posible por triunfar. Nos volvemos competitivos para no quedarnos atrás y estar a la altura de lo que la sociedad espera de nosotros. De hecho, la competitividad es un factor fundamental en el progreso y el desarrollo de las sociedades, impulsando la innovación, la eficiencia, la búsqueda de mejores resultados y el avance de la civilización. Pero también puede, cuando se apodera de nosotros, tener efectos perversos. Nos vuelve ambiciosos, agresivos, egoístas, arrogantes y vanidosos; nos hace querer triunfar a toda costa, sin importar los medios que tengamos que utilizar ni a quiénes tengamos que pisotear. Nos enseña a ver al "otro" no como un hermano, sino como un competidor que amenaza nuestro éxito... Además, la competitividad a menudo deja a los "perdedores", a los "fracasados", a los menos preparados, a quienes no están hechos para la lucha, la confrontación y la competencia, abandonados al margen de la historia. ¿Cómo vemos todo esto? ¿Es inevitable un mundo fundado en estos valores? ¿Nos sentimos cómodos en un mundo que funciona de esta manera?

+Jesús cree que alcanzar el primer lugar, el éxito, la gloria humana y el triunfo no significa necesariamente construir una vida con sentido. Convencido de que "quien se enaltece será humillado, y quien se humilla será enaltecido", Jesús parece considerar que los "primeros lugares", los éxitos humanos, los honores y los títulos de gloria son valores efímeros, de corta duración, que no pueden servir de apoyo para construir una vida con sentido. Por lo tanto, invita a sus discípulos a construir sus vidas desde la sencillez y la humildad, sin temor a los "últimos lugares". Para Jesús, el amor libre y desinteresado, la preocupación por el bienestar ajeno, el cuidado de los más débiles y pequeños, la alegría que brota de las cosas sencillas, la capacidad de mirar al "otro" con una mirada fraterna, la bondad y la misericordia, son mucho más importantes que los triunfos y las glorias humanas. ¿Qué opinamos de la "línea" de Jesús? ¿Es lo que propone ingenuo e impráctico, o es una manera de hacer nuestro mundo más humano y feliz? A la luz de la comprensión de la vida que Jesús propone, ¿qué sentido tiene nuestro deseo de honores, títulos y posiciones prominentes?

+Al final de aquella comida sabática "en casa de uno de los principales fariseos", Jesús desafió a su anfitrión a no dejarse atrapar por un círculo de relaciones marcado por intereses de clase, redes de conveniencia y privilegios de casta. Rodearse solo de aquellos con quienes tenemos afinidad o con quienes compartimos ciertos intereses, construir "muros sanitarios" a nuestro alrededor que nos protejan de lo "indeseable" y lo "diferente", puede ser cómodo y conveniente; pero también nos impedirá descubrir una forma de vida más humana y misericordiosa. Por eso, Jesús le pide al fariseo que, al ofrecer un banquete, invite a su casa a los pobres, los lisiados, los cojos y los ciegos: esto le permitirá descubrir horizontes nuevos y mucho más desafiantes. Ganaremos infinitamente más abriendo nuestro corazón a todos que encerrándonos en un círculo reducido de intereses, favoritismos y complicidades. ¿Vivimos cómodamente enclaustrados en un círculo restringido de personas con quienes compartimos ciertos intereses y afinidades, o estamos abiertos a la universalidad, la fraternidad y la comunión con todos los que caminan a nuestro lado?

En aquella comida sabática «en casa de uno de los principales fariseos», Jesús actuó de forma inapropiada y políticamente incorrecta. Denunció con sarcasmo a quienes se disputaban los primeros puestos y se atrevió a aconsejar al anfitrión sobre a qué invitados debía invitar a su casa. Al terminar la comida, algunos invitados seguramente lamentaron, junto con el anfitrión, que este rabino galileo, tan original, estuviera presente, arruinando el consenso y la armonía. En realidad, Jesús nunca se preocupó por decir cosas bonitas; se preocupó por cumplir la misión que el Padre le confió y proponer el Reino de Dios a todos. Eso fue lo que hizo aquel sábado en casa del importante fariseo. Nosotros, los discípulos de Jesús, somos testigos del Reino de Dios y sus valores, aunque esto moleste a los establecidos, a quienes no quieren problemas, a quienes prefieren la "paz podrida" y la hipocresía que reina en el mundo. ¿Cómo vemos y tratamos a quienes tienen el coraje de proponer, a contracorriente, la verdad del Evangelio?

+En tiempos de Jesús, la religión del Templo consideraba a los lisiados, ciegos y cojos como personas indignas, castigadas por Dios, que vivían al margen de la comunidad de salvación. A pesar de esto, Jesús recomienda al dueño de la casa donde comió ese sábado que, cuando ofrezca un banquete, los invite a su mesa. Para Jesús, no hay personas indignas ni malditas que deban quedar fuera del banquete del Reino de Dios. La Iglesia nacida de Jesús es la comunidad de salvación donde todos los hijos e hijas de Dios tienen un lugar garantizado. ¿Son plenamente acogidos en la comunidad de Jesús quienes han errado en la vida, quienes han tropezado y caído una y otra vez, quienes se han hecho daño a sí mismos y a otros, quienes llevan vidas "irregulares" desde un punto de vista canónico? ¿Qué apoyo buscamos brindarles? ¿Cómo buscamos ayudarlos? ¿Evitamos, criticamos y condenamos a quienes son "diferentes", o los tratamos como hermanos y hermanas, queridos y amados hijos de Dios?